



**Piarist Fathers' Latin Mission  
A Time of Grace  
Summer 2017  
by Father Oscar G. Alonso, Sch.P.**

There was a time when going to do mission work in the rural communities of Tabasco, Mexico was a way of responding to the great commission: *“Go therefore and make disciples of all nations, baptizing them in the name of the Father and of the Son and of the Holy Spirit, teaching them to observe all that I have commanded you”* (Mt 28:19-20). This perspective has changed. Such a change is now very real and very personal. It did not happen in a moment of deep, personal and spiritual insight. Instead, I believe that it has been the gradual process of an increasing awareness of the goodness and beauty of the heart and soul of the very people, whom I intended to evangelize.

For some thirty-seven years now, I have been sharing in the adventure of the Piarist Fathers Latin Mission. The beauty and goodness of the people's hearts and souls has been drawing me toward them with a powerful fascination from the very first year and every year thereafter. Once my academic responsibilities are finished for the school year, the anticipation of participating in the mission makes me restless. There is something very special waiting. In their poverty, they give with joy. In their suffering, their capacity for compassion is overwhelming and contagious. They are free. Free to share with joy. Free to ask without embarrassment. Out of that inner freedom, their expression of love flows torrentially and yet peacefully. They evangelize the evangelizer. It happens every year, time after time. One thing is to bring the “Good News”. It is another, to be the “Good News”. They are the “Good News”. I am the recipient.

During the past four summers, the “mission” syndrome has flourished and bloomed in three tiny communities in the middle of no-where: Porvenir, Arroyo Hondo and Divina Misericordia. Community leaders have risen to the surface. People like Doña Georgina in Porvenir, who is an old lady with integrity and credibility. She loves her people, points out the needs of the community, finds people capable of meeting the challenge and inspires them to be

generous with their time and energy. Because of a person like her, the community is on the way up. People like Don Trino and his wife, Doña Inés, in Arroyo Hondo, have organized the community with vision and determination. They have driven it from misery, suffering and poverty into prosperity, peace and joyful optimism. Now that their community has been built up, they have placed themselves in the shadows and let younger people pick up the baton and shine. In this way, they are making sure that new leadership does not become complacent, lazy or cocky. People like Don Gavino in Divina Misericordia, who felt the pain of twenty families scattered over a very large area in total isolation. He has put into their hearts a sense of unity and belonging. He donated part of his land so that the families could have a church and a social center, a place where they could gather together as a community. He has also managed to make everyone feel that they are a vital and an important part of the project. He motivates everyone slowly enough so that they can feel a part of the project but fast enough so that they can get things done. He is a man with a clear mind and a gigantic heart.

Yes, mission time is a time of grace.

**Piarist Fathers Latin Mission**  
**Tiempo de Misión, Tiempo de Gracia**  
**Verano de 2017**  
**Padre Oscar G. Alonso, Sch.P.**

Hubo un tiempo en que hacer misión en las comunidades rurales de Tabasco, México, era una forma de responder a la gran comisión: *“Vayan y hagan discípulos de todos los pueblos y bautícenlos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo enseñándoles a poner por obra todo lo que yo les he mandado”* (Mt 28:19-20). Esta perspectiva ha cambiado. Este cambio de perspectiva es ahora muy real y personal. No ocurrió en un momento de profunda inspiración espiritual. Pienso que ha sido, más bien, un proceso gradual y creciente de mi percepción de la bondad y belleza del alma y corazón de la gente a quien yo tenía la intención de evangelizar.

Desde hace unos treinta y siete años he compartido en la aventura de la Misión Latinoamericana de los Padres Escolapios. La belleza y bondad en alma y corazón de la gente a donde voy me ha venido atrayendo hacia ellos con una fascinación intensa y poderosa. Una vez que mis responsabilidades académicas del año escolar han terminado, la anticipación de participar en la

misión me trae inquieto. Algo muy especial me está esperando. En su pobreza, aquella gente da con alegría; en su dolor, su capacidad de compasión es abrumadora y contagiosa. Son libres. Libres para compartir con alegría; libres para pedir sin bochorno y vergüenza. Desde esa libertad interior su amor fluye torrencial y espontáneo. Evangelizan al evangelizador. Y esto sucede año tras año. Una cosa es predicar la “Buena Nueva”. Otra cosa es ser “Buena Nueva”. Y yo soy el beneficiado.

Durante los últimos cuatro años, la experiencia de la misión se ha realizado en tres comunidades aparentemente insignificantes: Porvenir, Arroyo Hondo, y Divina Misericordia. Verdaderos líderes han ido aflorando en cada comunidad. Personas como Doña Georgina en Porvenir que es una abuelita íntegra a quien todos respetan por su credibilidad. Esta abuelita ama a su gente, señala las necesidades de la comunidad, y con profunda intuición identifica a personas capaces de enfrentarse al desafío y las inspira a ser generosas con su tiempo y energías. Gracias a ella la comunidad se está organizando y echando raíces. Personas como Don Trino y su esposa Doña Inés, en Arroyo Hondo, que con visión y determinación han arrancado a la comunidad de la miseria, sufrimiento, y pobreza y la han traído a la prosperidad. Y ahora que ya tienen de pie a su comunidad se las han apañado, para desde la penumbra, dejar que jóvenes inteligentes y trabajadores tomen la batuta y brillen sin que su liderazgo caiga en complacencia o engreimiento. Personas como Don Gavino en Divina Misericordia que sentía con profundo dolor el aislamiento y soledad de veinte familias desperdigadas a lo largo y ancho de una gran extensión. Don Gavino ha puesto en las mentes y corazones de estas veinte familias un sentido de pertenencia y de unidad. Él donó parte de su propiedad para que estas familias pudieran levantar un centro social y una iglesia donde pudieran reunirse como comunidad. Ha conseguido que todos se sientan importantes y parte vital del proyecto. Les ayuda a caminar lo suficientemente despacio para que todos puedan participar, y lo suficientemente rápido para que las cosas queden hechas. Es un hombre con una mente clara y un corazón grande.

Sí, el tiempo de misión es tiempo de gracia.